

la blanca

lágrima

y el

WSR

Juan
Carril
Marquez

la blanca
lágrima
y el **WGL**

la blanca
lágrima
y el **W9L**

Juan Carril Márquez

Autor: Juan Carril Márquez
www.juancarrilmarquez.com
www.facebook.com/JuanCarrilMarquez
<https://twitter.com/juancarrilmrqz>
<https://es.linkedin.com/in/juancarrilmarquez>
<https://www.instagram.com/juancarrilmarquez/>

Imagen de portada: Núria Mallofré Díaz

Primera edición. Abril 2017

Esta publicación ha sido realizada bajo licencia creative commons. Eres libre de copiar y comunicar públicamente la obra, siempre que respetes:



- **El reconocimiento del autor:** En cualquier explotación de la obra autorizada por la licencia deberá figurar el nombre del autor.
- **No comercial:** La explotación de la obra queda limitada a usos no comerciales.
- **Sin obras derivadas:** La autorización para explotar la obra no incluye la transformación para crear una obra derivada.

La presente edición, digital y gratuita, es respetuosa con el **medio ambiente** (al no utilizar papel, agua, tinta, ni energía en su impresión) y con la **cultura libre**.



culturalibremedioambiente

Juan
Carril
Márquez

Dedicado a Emma,
una pequeña estrella que ilumina mi vida

Il y a des étoiles qui se sont éteintes sous nos yeux, d'autres vacillent comme la flamme mourante d'une bougie. Les cieux, qu'on croyait incorruptibles, ne connaissent d'éternel que l'éternel écoulement des choses.

Anatole France

Noir

Dice la leyenda de una pequeña comunidad polinesia, que hace tantos años que ni los más viejos del lugar pueden recordarlo, hubo un tiempo en el que a la caída del Sol el cielo se tornaba del negro más cerrado y ciego. El manto tenebroso iba ganando terreno hasta que la tierra se sumía en la oscuridad más profunda. La policromía reinante se desgastaba poco a poco y daba paso a la noche. Todo era de un negro lúgubre uniforme, salpicado únicamente por alguna minúscula fogata encendida, en rara ocasión, por los habitantes de las islas.

Al esconderse el Sol todos los lugareños se resguardaban rápidamente en sus cabañas. Era de sobras conocida la existencia del dios Noir que, aunque invisible, devoraba a aquel que desafiara sus dominios oscuros. Más de una familia era testigo de su crueldad, al haber perdido alguno de sus miembros tras esconderse el último rayo de luz en el horizonte. La mayoría de ellos no habían dejado rastro. No se habían hallado sus cuerpos ni objeto alguno que pudiera dar pista de cuál fue su destino. Unos pensaban que habían sido devorados totalmente por Noir, como engullidos, y que, por ello, era imposible encontrar sus restos u objetos personales. Otros eran partidarios de la creencia de que Noir se los había llevado consigo a la gruta, situada en una pequeña isla

de la que ninguno de los clanes atrevía a acercarse, ni a pleno día, por las malas energías que allí emergían. Pese a no ser muy común, alguno de los cuerpos sí habían sido encontrados. A la vuelta de las salidas que pequeños grupos organizaban, periódicamente, para cazar y recolectar frutos en la espesura del bosque, hacia el interior isleño, habían regresado no solamente con los productos buscados, sino también con alguno de los cuerpos de las personas desaparecidas. Normalmente presentaban heridas y fracturas en los huesos, sin muestras de haber sido devorados. En estos casos, los cuerpos se hallaban en el interior de alguna especie de pozo o en la caída de un precipicio o pequeño salto, con indicios de haber estado huyendo de algo o alguien. Era como si hubiesen estado corriendo durante tiempo, asustados por algo que les amenazara y que les había obligado a precipitarse al vacío o a tropezarse con algún objeto, produciéndose fracturas que les impedían moverse del lugar, en el que acababan por morir. Aunque era lo menos habitual, también había aparecido algún cuerpo parcialmente devorado, siempre lejos del mar.

Solamente existía una persona que había sobrevivido a un encuentro con Noir. El chamán más viejo de las islas que formaban la región, había logrado escapar a sus garras. Había salido una mañana. Muy temprano, con la salida del Sol,

cogió su canoa y se dirigió a Manneroa, una de las islas cercanas que solía frecuentar cuando necesitaba algún producto: corteza, raíz, fruto o mineral, para sus ungüentos curativos o rituales místicos. Era ya tarde y los aldeanos empezaban a preocuparse por la tardanza de Tubuai. Nunca se había retrasado tanto. El Sol estaba muy cercano al horizonte y no había regresado, cosa que hacía presagiar lo peor. Así, cuando el astro hizo su último guiño despidiendo el día, todo el poblado se encontraba dentro de sus cabañas, pensando qué podía haberle ocurrido a Tubuai y en el terrible final que le esperaba. La aparición de los primeros rayos de luz anunciaba un nuevo día y alguno de los aldeanos comprobó cómo la cabaña del viejo permanecía vacía. A media mañana, sin embargo, a lo lejos, cerca del horizonte, alguien divisó un pequeño punto que se acercaba lentamente a la costa. Todo el poblado se reunió en la playa, expectante, esperando el milagro que se confirmaría un poco más tarde al ratificar que sus deseos imposibles se cumplían. Tubuai les explicó su gran hazaña. Al salir del pueblo cogió su canoa y, después del gran esfuerzo que le suponía remar durante horas a un hombre de su edad, llegó a Manneroa a media mañana. Descansó un tiempo, aprovechando para comer algo que él mismo se había llevado de la aldea. Se dirigió, posteriormente, a aquellos

lugares que solamente él conocía. Aquellos en los que se hallaban las misteriosas plantas y productos sagrados, guardados celosamente por la naturaleza y el silencio del viejo. No le llevó mucho tiempo, pero aun así se tomó otro descanso que le serviría para reponer las fuerzas necesarias que le llevarían de vuelta al poblado. El Sol había alcanzado su cenit momentos antes y ya comenzaba su declive para sucumbir en el mar. Tubuai empujó la canoa y, una vez dentro, emprendió el regreso. Hasta ese momento todo había discurrido con la normalidad de siempre. Pero cuando la vista no alcanzaba ya la isla, se levantó una repentina tormenta que desorientó al chamán y le hizo modificar su rumbo hasta llegar a un pequeño atolón. Allí se vio obligado a permanecer, viendo, impotente, cómo la temida noche se acercaba impasible. Cuando el negro velo cubrió la totalidad del cielo, Tubuai sabía que tarde o temprano se toparía con la figura de Noir y que, por tanto, pensaba entonces, le restaba poco tiempo de vida. No estaba asustado. Se resignaba a un destino previsto que su mente había visualizado en varias ocasiones. La noche hacía ya unas cuantas horas que había tapado la bóveda celeste cuando, de repente, el viejo sintió cómo un aliento helado le soplabá en la nuca. Se giró y vio unos ojos penetrantes clavándose en los suyos. Así estuvo un instante eterno que parecía

no acabarse nunca. Tubuai no se podía mover, estaba hipnotizado por una fuerza sobrenatural. Observaba la gran mandíbula que disponía el que, entendía, iba a ser su verdugo, percatándose del peligro. Pero sus pies eran clavos fijados en el suelo. De manera imprevista, sin embargo, Noir desapareció ante los ojos atónitos de Tubuai, que se quedó con una sensación extraña, entremezcla de miedo y compasión. La imagen de los grandes ojos de Noir mirándole fijamente se le había grabado en la mente y, además del imponente respeto que infundía, había notado una muestra de tristeza en la penetrante mirada del monstruo. Esto es lo que contó a su regreso, con la voz todavía marcada por el cansancio del viaje y la excitación producida por el encuentro de la noche anterior. Nunca nada más se supo de Noir que, creían, se había resguardado para siempre en su gruta, como aguardando una muerte próxima. De esta manera, desapareció Noir. Sin embargo, los isleños hacía mucho tiempo que habían temido a la noche y, aunque sospechaban de la ausencia del dios negro, no eran muchos los que se atrevían a salir de casa a la puesta del Sol, momento en el que el reino de la oscuridad se adueñaba del lugar.

El sentido de la vista desaparecía a la vez que se acentuaba el resto. La falta de toda luz provocaba una intensificación de los olores y sonidos presentes. Desde

las cabañas y, acostados ya, los aldeanos podían sentir el fuerte olor salado que desprendía el mar, el de las brasas de una fogata todavía humeante, el de la tierra húmeda tras un día de intensas lluvias, el de las perfumadas flores nocturnas... Y al apagarse la luz solar se apagaban también las voces. El silencio era, entonces, evidente. El sonido sordo de una hoja al caer al suelo era perceptible a los oídos, el balanceo del mar, las plácidas olas rompiendo suavemente en la playa, el viento –como un susurro o violentamente en las noches de tormenta– soplando las hojas de las palmeras... Un abanico de olores y sonidos que se despertaba en ese mundo ciego.

Blanca lágrima

Poco tiempo después de la reclusión de Noir, una tarde en la que el día no se había apagado todavía..., apareció, majestuosa, una blanca y brillante figura que se elevaba lentamente en el cielo. A la vez que se iba escondiendo el Sol, ella subía cada vez más..., como para poder observar desde la altura.

Tiempo atrás, en uno de los muchos reinos de las islas, habitaba la princesa más dulce y bella. Poseía grandes riquezas, si bien a lo que más aprecio tenía era a una pequeña ave del paraíso que le había regalado su padre. La mimaba y cuidaba con todo el amor que una niña podía ofrecer. Le daba de comer delicadamente y muchas veces la ponía en su regazo para sentir más cercano su frágil cuerpo tembloroso. El ave fue creciendo. Un día..., cuando la niña contemplaba su más preciado tesoro..., éste extendió las alas y, con el más grácil movimiento, emprendió el vuelo para alcanzar la libertad, lejos de los cuidados de su madre adoptiva. La princesa, sin embargo, se quedó vacía por dentro, muy triste... y de sus ojos brotó una blanca lágrima a la que la suave brisa elevó sin dejar caer al suelo. Dice la leyenda que esa lágrima vagó errante por el espacio y que, después de mucho tiempo, volvía en forma de una luminosa esfera blanca. Al acercarse lo suficiente, la diosa Lágrima vio reflejado su cuerpo en una inmensa balsa acuática. En un primer momento de

coquetería, miró cómo el acuático lienzo dibujaba su silueta. Se gustó al verse, mientras continuaba elevándose para apreciar mejor su enorme belleza. Había visto muchas cosas en su largo viaje espacial, pero nunca, todavía, había logrado ver nada tan bello como ese mágico reflejo luminoso, que brotaba de una desconocida superficie. De esta forma, estuvo ensimismada varias horas observando su figura, contemplándose, sin apreciar nada de lo que le rodeaba. Era tan bonito lo que veía, que el resto de cosas se habían tornado invisibles para sus profundos ojos. Se fijó un instante, sin embargo, en el gran espejo. No era ni la mitad de hermoso que cualquiera de los muchos objetos celestes, ni espectacular en ningún sentido. Y había pasado totalmente inadvertido. Pero hubo algo que retuvo su vista y mente ocupadas, centradas en él. Cuando el Sol ya iba a hacer su aparición diaria, observó su reflejo en un mar cada vez más verde... y se despidió.

La noche siguiente, la diosa Lágrima dejó de contemplarse y fijó su atención más detenidamente en el mar: *“¿Qué es aquello que tan bello muestra mi rostro? ¿Y cómo puede permanecer impassible ante el espectáculo visual que contempla?”*, se preguntaba. *“¡Quizás sea ciego! O quizás..., quizás sea incapaz de expresar emociones”*. Así estuvo durante horas especulando con las posibles

respuestas. Desde esa noche, esperaba con ansia su relevo al Sol, para poder observar el intrigante mar.

Había quedado prendada de su misterio y el desconocimiento absoluto acerca de él acrecentaba su interés. La diosa Lágrima lo observaba, esperando algún cambio en su comportamiento o fisonomía que ayudara a conocerlo. Se pasaba las horas así, buscando algo en la profundidad de un mar cerrado en sí mismo. Únicamente podía ver el reflejo de la bóveda celeste, llena de diminutas estrellas, luminosas luciérnagas. Era como si el mar guardara un gran secreto, una respuesta a todas las preguntas existenciales que se había planteado, un tesoro... Y quería descubrirlo. El mar, sin embargo, celoso de su secreto, se arropaba impidiendo ver su esencia con claridad. A su vez, sin embargo, la diosa intuía la necesidad que el mar tenía de comunicarse con ella, y esperaba que éste lo hiciera. Creía saber qué era lo que quería decir, pero de todas formas prefería que se lo dijera abiertamente. Prefería oírsele a esa voz siempre muda y que mostrara su misterioso interior.

A partir del regreso de aquella lágrima convertida en gigante esfera luminosa, el mar empezó a experimentar unos muy sutiles cambios, casi imperceptibles. Seguía siendo el mismo..., un gigantesco manto acuático que raramente dejaba

ver lo que contenía su interior, protegiéndose así de cualquier peligro externo. Pese a su grandiosidad, era un ser muy frágil y la soledad y monotonía diarias le arropaban su inmenso mundo. Sin embargo, algo dentro de él estaba cambiando. Lo que había sido siempre de un azul oscuro, se transformaba en otras tonalidades azules: añil, índigo... e incluso verdes, entremezcladas las unas con las otras. Era como si la monotonía cromática del mar se tradujera en una paleta multicolor para llamar la atención de alguien. Con la llegada de la diosa que rompió las negras noches de Noir, el mar solo percibió la luminosidad inédita hasta ese momento. Siempre estaba encerrado en su mundo acuático. No era dado a plantearse cuestiones, por lo que no se preguntó la causa de la radiación nocturna y no percibió la presencia de esa nueva figura que le observaba detenidamente desde el cielo.

Tras unos días, se sorprendió al ver que en su cuerpo yacía la más bella imagen que jamás contemplaran sus ojos. No entendía qué hacía tendida encima suyo, ni cómo había llegado hasta allí sin él enterarse. Pero más inexplicable todavía era que, aun viéndola, no podía sentirla entre sus brazos. Era una frustración que no desapareció al descubrir que esa imagen era únicamente eso..., el reflejo de una princesa celeste que le miraba desde la distancia. En ese momento

comprendió que pertenecían a mundos diferentes... La diosa Lágrima pertenecía a un reino celestial en el que solamente tenían cabida las más bellas estrellas, brillando con un resplandor individual prodigioso, en la oscuridad de la noche. El mar, por contra, era dueño de su reino acuático, inmenso, a la vez que monótono, silencioso, desierto y carente de la magia que reflejaban sus aguas. Comprendía que, pese a sus sentimientos, la princesa Lágrima era inalcanzable para él y que debía olvidarse. Sin embargo seguía viéndola cada noche y, aunque sabía de la imposibilidad de estar junto a ella, no lograba borrarla de su mente. El mar, siempre por debajo de ese maravilloso mundo celestial distante, observaba en silencio a quien se había convertido en su amor platónico. Era consciente de que pertenecían a mundos opuestos y, pese a ello, había noches en las que sus aguas ascendían de los niveles normales, como para poder acariciar suavemente ese blanco rostro que le había hechizado el alma, mientras veía un millón de ojos, observando desde el cielo, implacables, cómo se ahogaba en sus propias lágrimas saladas.

Este amor en la distancia, este amor secreto e inconfeso por las dos partes, se mantuvo largo tiempo. Algunos esperaban el milagro..., que ella bajase y se bañara en las tibias aguas marítimas... o que la evaporación del mar produjera

una gigantesca nube que ascendiera hasta la diosa celeste y la besara y abrazara como tantas veces había soñado. Sin embargo, en la noche de un solsticio de verano, una sombra se cernió poco a poco hasta hacer desaparecer la diosa del cielo. Éste se tiñó de un melancólico negro..., preocupando a los aldeanos de las islas, que recordaban todavía la existencia de Noir. Parecía que, igual que llegó aquella primera noche en la que vio reflejado su cuerpo, la majestuosa divinidad se marchaba para siempre..., sin una despedida..., sin un adiós previo que notificara su partida. En ese triste y tenebroso escenario, de repente, empezaron a llover lágrimas del cielo. La noche más corta del año se hizo la más larga para el dios salado, que veía como los segundos, sin aquellos ojos brillantes que habían velado su sueño durante muchas noches, se eternizaban. Fueron unos minutos los que la princesa celeste se ausentó..., apareciendo misteriosamente tras la sombra esférica que le había ocultado el rostro. Pero desde ese momento, el mar supo que nunca más debía enamorarse de ese rostro lejano que le observaba y al que observaba, ya que era una historia imposible a la que no podía aspirar. El mar era eso..., mar, y ella..., una blanca diosa en el olimpo.

Eso es lo que dice la leyenda... y desde aquellos días hasta hoy, la diosa Lágrima ha sido vista reflejada en el silencioso manto acuático desde las islas. En la penumbra creada por la noche y la luz crepuscular, los habitantes de estas tierras polinesias son testigos de un encuentro periódico –confinado siempre en la distancia–, entre sus dioses más queridos. Ambos siguen viéndose desde una lejanía nunca rota, vigilándose mutuamente para apoyarse la una en el otro, el otro en la una... Los aldeanos siguen creyendo que una fuerza mayor unió, de esta forma, a la antigua estrella errante y el mar, y que algún motivo místico es el culpable de que nunca puedan llegar a tocarse. Pese a todo, las noches de plenilunio se reúnen para mirar cómo el reflejo de aquella diosa que les libró de Noir, se manifiesta con toda su majestuosidad en las tibias aguas de un mar ya viejo, invariable y siempre silencioso.

Juan Carril Márquez
2017